

CAPITULO XXVI

Un abrazo al "Integérrimo."—Simulacros de licenciamientos

El triunfo de la revolución maderista nos cogió en Cuautla, en donde Emiliano había establecido definitivamente su centro de operaciones, quedando él como único árbitro de los destinos de aquellos lugares, pues las fuerzas del gobierno habían evacuado todas las poblaciones del Estado y éstas quedaron a merced del maderismo triunfante, o sea bajo la férula absoluta de los vencedores demagogos, cuyo predominio, después de la toma de Cuautla, había tomado proporciones verdaderamente asombrosas.

* * *

Reconocidas nuestras fuerzas por el gobierno interino del señor de la Barra, percibíamos íntegros los mismos "haberés" de que disfruta el ejército regular; pero no se concretaban a aquellos emolumentos nuestras entradas pecuniarías: los préstamos forzosos a comerciantes y particulares continuaban siendo moneda corriente de nuestros hombres; todos entraban a las tiendas y a las cantinas pidiendo con to-

no altanero cuanto se les venía en gana, saliéndose tan campantes sin pagar, y ¡ay de aquel desdichado que se atrevía a cobrar! era abofeteado, reducido a prisión, y más de uno fué pasado por las armas por aquel solo delito.

Desde entonces empezó la anarquía en el Estado. Sin autoridades, ningún respeto y sin ningún freno, nuestros hombres vivían en medio de un perpetuo escándalo, que tenía sobrecogido de terror al vecindario morelense. No se pasaba un día sin que se registrara un suceso sangriento, ya se tratara de una venganza personal ejercida sobre algún pacífico vecino, ya de violaciones de doncellas que tenían la desgracia de agrandar a nuestros hombres, ya en fin, de riñas a balazos y cuchilladas entre nuestros mismos muchachos, ello es que aquel espantoso caos de bajas pasiones exaltadas por el abuso del alcohol, hacía imposible la vida en cualquier punto de Morelos para todo aquel que no fuera como la gente de Zapata, asesino, ladrón y borracho.

Las tropelías de aquellas turbas ávidas de pillaje, no reconocieron jamás valladar alguno ni en la presencia del propio don Pancho Madero, pues se dió el caso de que cuando el "leader" se hallaba en Cuernavaca, en su jira triunfal por el Estado, nuestros hombres se entregaron a una orgía desenfundada, y en completo estado de embriaguez recorrieron las calles de la ciudad pistola en mano, disparando a diestra y siniestra y haciendo blanco a balazos en los foquillos de luz incandescente de tiendas y cantinas, apagando el alumbrado público de la misma manera y cometiendo cuantas violencias quisieron, sin que les hubiera infundido el menor respeto la ridícula figurilla del jefe supremo de la revolución triunfante.

Más tarde, cuando el mismo señor Madero llegaba a Cuautla a conferenciar con Emiliano sobre el licenciamiento de nuestros hombres, éstos, soliviantados por el "general", lanzaron en presencia del "leader" triunfante, los primeros gritos de ¡muera Madero! Uno de nuestros cabecillas, Chucho Jáuregui, llevó su audacia hasta el grado de desar-

mar a Raul Madero y encararse con el propio candidato a la presidencia de la República, y es indudable que aquella actitud nada tranquilizadora de los nuestros, inspiró a don Francisco la idea de abrazar a Emiliano, como procurando comprarse por este medio humillante la voluntad de Zapata y de los suyos.

Después de aquel estrecho abrazo, que tiene un lugar especial en los anales de la historia; aquel abrazo en que Madero bautizó a Emiliano con el nombre de "integérrimo"; aquel abrazo que presenciaron todos los habitantes de la H. Cuautla, y con el cual quería Madero demostrar a Zapata todo su afecto y toda su admiración, con fines bastardos ulteriores, se dirigieron al alojamiento del caudillo, y cuando estuvieron a solas, éste dijo a Emiliano:

—No hemos triunfado todavía, estamos en peligro inminente de perder en un momento todo lo que hemos ganado en tantos meses de lucha y que nos ha costado tanta sangre.

El gobierno interino de don Francisco de la Barra—continuó Madero,—es un gobierno de científicos que quieren a todo trance la restauración del régimen caído. Por otra parte, el ejército es nuestro principal enemigo, pues se siente ofendido y humillado porque lo hemos derrotado; pero no está aquí todo lo malo a mi modo de ver, lo más grave es que el general Huerta, que es un militar competente y aguerrido, quiere aniquilar tus huestes, y esto lo hace con el único objeto de quitar de mi lado a mis más leales amigos y partidarios, para que cuando me encuentre sin elementos, el ejército pueda reaccionar.

Por esto es indispensable,—prosiguió Madero cada vez más amable y más confidencial,—que estemos preparados, para que no nos encuentren mano sobre mano. Reune a tu gente y quédate a la expectativa hasta que no se hagan las elecciones, y en caso de que me quieran hacer una jugada y no salga yo de presidente, volvemos a la danza.

Este licenciamiento y todos los que intente de la Barra, serán sólo simulados, con objeto de que ustedes reciban una

buena ayuda pecuniaria proporcionada por el propio gobierno; pero nada de entregar las armas ¿no?, sólo entregas los fusiles más viejos, que yo ya procuro mandarte nuevos, de los que tengo por el norte. Si el caso lo requiere, nada importa que exijas préstamos forzosos a los hacendados. Yo por mi parte interpondré todas mis influencias para que se le entorpezcan todos sus movimientos al general Huerta en el Estado, y verás cómo nada te pasa.

* * *

En efecto, si Madero no hubiera entorpecido los hábiles movimientos del general Huerta, fácil es que desde entonces, tiempo en que todavía no estaba tan arraigado el zapatismo en el espíritu del pueblo, si no se hubiera extinguido por completo, se hubiera apagado siquiera superficialmente, dando con esto lugar a distraer las fuerzas en la pacificación del resto de la República; pero Madero tenía aviesas intenciones, y qué le importaba que se siguiera derramando sangre con tal de llegar al poder.

Emiliano, que en medio de su falta de cultura, es un hombre de inteligencia propia, muy superior a la de otros muchos, comprendió la ponzoña que iba impregnada en la propuesta de Madero, y aceptó mantenerse levantado en armas, sí; pero no para sostener a Madero en las elecciones, sino para ver si éste cumplía con los compromisos contraídos para con el pueblo, o si era un apóstata de sus propios principios.

Y así fué, pues desde su principio Madero empezó a demostrar que era un ambicioso y un pequeño dictador, imponiendo al desconocido Pino Suárez.

Si el principio de "Sufragio Efectivo" era pisoteado

por Madero antes de ser presidente, ¿cómo pisotearía todo lo bueno y todo lo noble del Plan de San Luis, cuando estuviera en el poder?

Los licenciamientos sucedieron en Cuautla y Cuernavaca. Se les repartió dinero a muchos hombres en cantidades más o menos cortas, se les recogieron los fusiles y machetes viejos, se dijo que cada cual se retiraba a sus jacales para emprender de nuevo sus labores de campo con el dinero que habían recibido; pero en realidad cuando las chusmas evacuaron las plazas donde fueron licenciados, se remontaron nuevamente a los cerros, donde ya los cabecillas los esperaban con armamento nuevo y flamante. No digamos nada del parque, que había con exageración.

En pocos meses se extendió el zapatismo por todo el Estado, quedando Emiliano dueño de la situación a tal grado, que los federales sólo eran dueños del terreno que pisaban. Y el zapatismo cundió no sólo en el Estado de Morelos, sino en los limítrofes de Guerrero, México y Puebla. En muchos Estados del centro, algunos revolucionarios que han leído el Plan de Ayala, revolucionan bajo la bandera de Emiliano Zapata.

CAPITULO XXVII.

Una crucifixión como la de Cristo.

Muchos de los hombres bien intencionados que estaban en la revuelta, regresaron efectivamente a sus hogares, en aquel entonces, aun cuando en la actualidad estén nuevamente levantados en vista de las circunstancias; pero la mayor parte, presidiarios salidos de las cárceles, temerosos de que al llegar a sus pueblos fueran reaprehendidos, optaron por continuar levantados en armas. Así es que nuestro ejército, si tal puede llamarse, era más homogéneo, casi todos nuestros hombres comulgaban con la misma idea: robo, pillaje, destrucción y muerte, que es como entienden en la práctica la liberación estas gentes.

¿Y cómo no hacerlo así si el "chaparrito" lo había autorizado?

Perseguidos vigorosamente en aquel septiembre de 1911 por las fuerzas federales que en número muy considerable se habían diseminado por todo el Estado, invadiendo los pueblos, y dándonos ejemplo de cometer fechorías, pues casi todos los pueblos destruidos por los soldados del gobierno estaban formados por indefensos moradores, y era de contemplarse aquellas sucesivas hecatombes en que también los federales, después de haber arrasado con el fuego aterrador de la artillería los pequeños poblados, donde quedaban sepultados entre los escombros humeantes de las casuchas, los

cuerpecitos de los niños inocentes, de los ancianos enfermos y de las mujeres indefensas, se lanzaban furiosos sobre sus víctimas "al avance", quitándoles hasta las prendas de ropa más inservibles, que después eran usadas por las soldaderas con el mayor descaro.

Estas son las forzosas e ineludibles consecuencias de una guerra sin cuartel y sin misericordia, en que las víctimas son siempre los inocentes y la gente pacífica.

Y mientras los federales se ocupaban de destruir los pueblos cortos de pacíficos moradores, las chusmas zapatistas en los cerros esperaban tranquilamente la oportunidad para bajar a cenar y bailar a los pueblos por donde había pasado la gente del gobierno.

Para detener un poco el programa de destrucción implantado por los federales aún contra los pequeños poblados, Emiliano resolvió que todas sus fuerzas evacuaran el Estado, internándose a los de Puebla, Guerrero y México.

Zapata, conocedor del terreno de Puebla, más que cualquiera otro, escogió ese lugar para internarse con sus huestes.

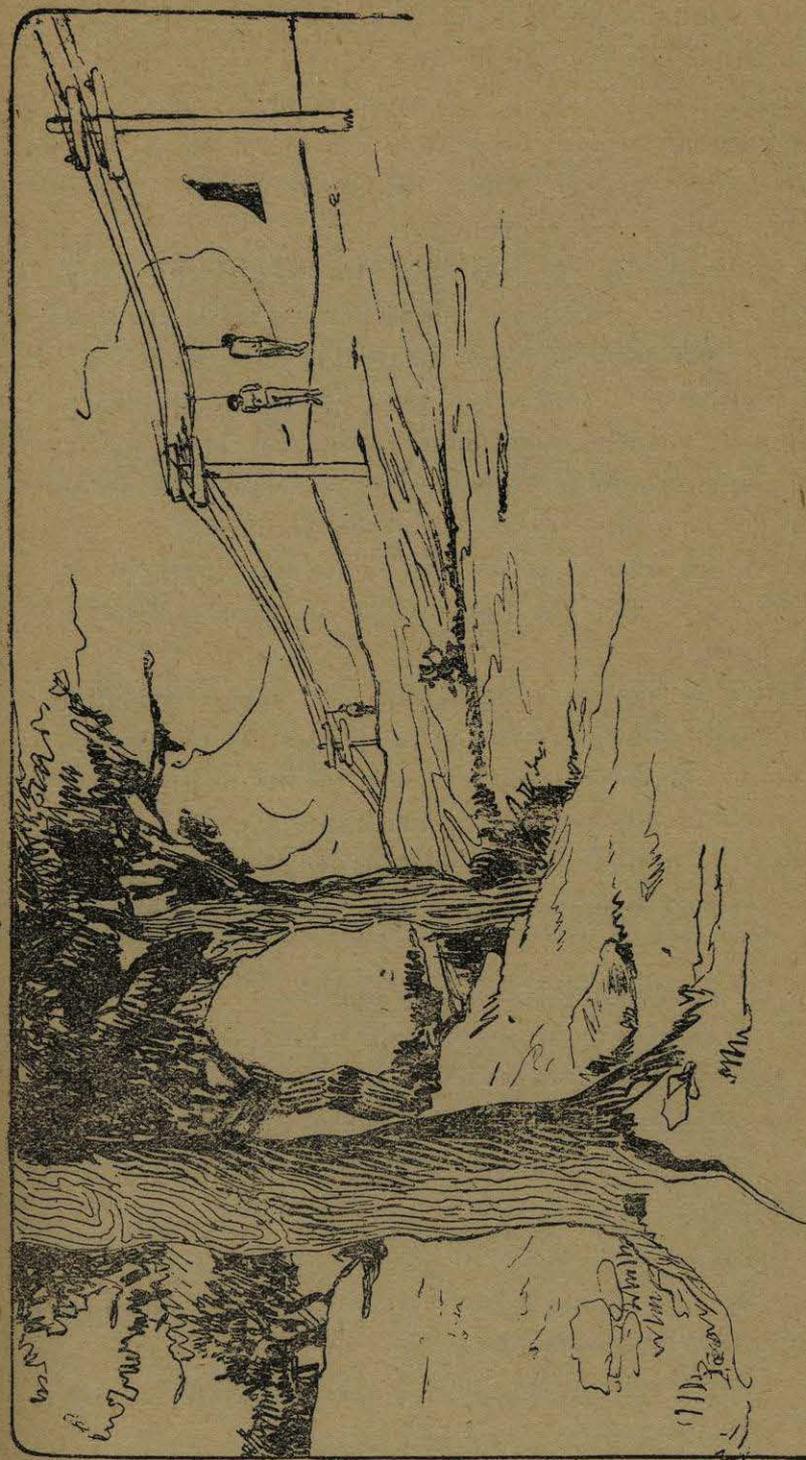
La primera población que debía tomarse era la de Chietla, donde se establecería el cuartel general mientras no llegaran los federales por allá.

En el camino se nos incorporó la "Coronela Pepita", que andaba huyendo, como ya lo sabemos, de las manos de la justicia, por el asesinato perpetrado en la persona de su esposo.

—¿Pa dónde vas, vale?—preguntó a Emiliano la "Coronela",—que montaba como hombre en un magnífico caballo alazán, que agujijoneándolo con las pesadas espuelas amozoneñas, lo hacía cabriolar como el mejor charro.

—Voy a Chietla, ¿quieres éntarle a la balacera?—interrogó a su vez Emiliano, con la seguridad de que ésta no se incorporaría.

—Vamos, ya sabes que pa mí la pulpa es pecho,—dijo



Los rurales fueron pasados por las armas inmediatamente, colgando sus cadáveres en los postes del telégrafo.

Pepita aventando el caballo, a la vez que se arriscaba para atrás el sombrero de petate.

—Pero cuidado con ir a matar a mis muchachos, porque no tienen ganas de... cumplir tus antojos a cada momento.

—Anda, quita, chirigotero, parece mentira; pero no hay hombres que sean capaces de contentar a una como yo. Pa mí son pocos todos ustedes. Vamos, no tengas miedo, te prometo no hacer nada en ese sentido.

Chietla es uno de los más importantes distritos sureños de Puebla. El botín de guerra que se ofrecía a Zapata no era despreciable, precisaba hacerse de fondos para seguir sosteniéndose en armas; y como la plaza estaba guarnecida por una docena de rurales, a las primeras horas de la mañana caímos de sorpresa sobre la población, y después de un corto tiroteo de poca importancia en el que murieron dos rurales y ocho de los nuestros, nos adueñamos de Chietla.

Hicimos prisioneros a diez rurales y al jefe político don Angel Andonegui.

Los rurales fueron pasados por las armas inmediatamente, colgando sus cadáveres en los postes del telégrafo.

Emiliano, enemigo irreconciliable de los jefes políticos, de quienes había sido perseguido constantemente en los últimos tiempos de la dictadura porfiriana, todo el que caía en sus manos, con excepción muy rara, era irremisiblemente ejecutado.

Andonegui estaba sentenciado a muerte.

La "Coronela" era la que más instigaba a Zapata, porque ésta tenía antiguos rencores con el jefe, pues la había perseguido tenazmente cuando andaba por el rumbo de propagandista revolucionaria, antes de que estallara la revuelta.

—Andonegui corre de mi cuenta,—dijo la "Coronela", quien ya había sugestionado a las masas, que enfurecidas pedían que les dejara en libertad al jefe, siendo impotente Zapata para oponerse a las chusmas.

Y Andonegui quedó en poder de la "Coronela", muy a pesar de Emiliano.

—No volvemos a consentir a esta marimacho—nos dijo

indignado Zapata a Montaña y a mí.—Ya ven ustedes que lo que le gusta a la gente es el desorden, más donde hay sangre, y ésta viene a instigar a los muchachos.

Cuando Andonegui fué sacado de la prisión, se echó a volar la noticia por todo el pueblo de que iba a ser inmediatamente ejecutado en las afueras de la población, para lo cual ya estaba listo el burro que debía conducirle.

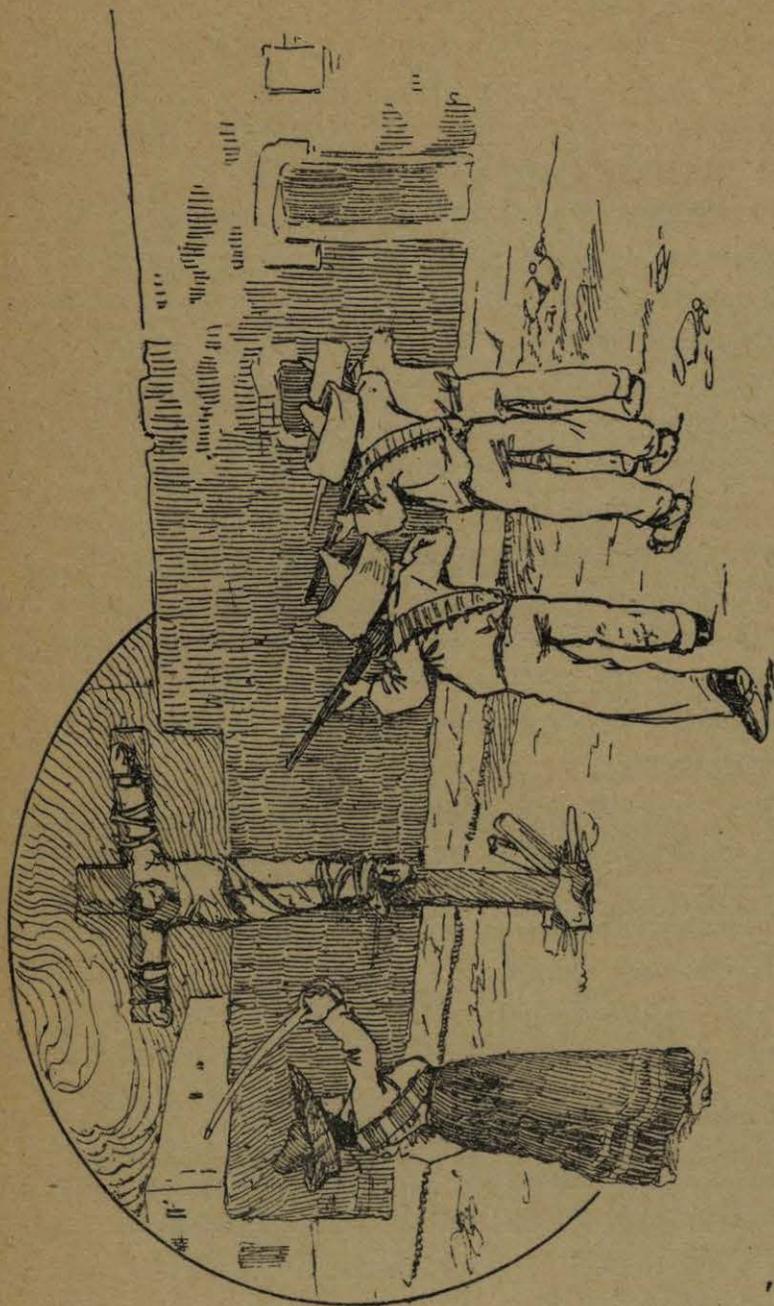
La esposa del jefe, rodeada de sus dos pequeñas, y acompañada de las principales señoras del pueblo, se acercó a Zapata en demanda de perdón. La más grandecita de las niñas de Andonegui, de siete a ocho años, güerita, de ojos muy grandes y muy azules, se arrodilló besándole los pies a Emiliano. Este, enternecido, porque por más que goce de una reputación fantástica de feroz y sanguinario, no es tal como se dice, ya estaba a punto de perdonarle la vida al jefe, cuando la "Coronela, que, teniendo noticias de que se iba a implorar el perdón para Andonegui, se había apresurado a llegar primero a la sala de cabildos que era donde estaba Zapata, ocultándose tras una cortina, salió de su escondite y, parodiando la célebre frase de don Sebastián Lerdo de Tejada, dijo siniestramente:

—Ahora o nunca, mi general, acabaremos con los jefes políticos. Y dirigiéndose a las señoras, agregó despectivamente:

—Pa qué son tantas lágrimas, si hombres lo que sobran. Ya el jefe está bien muerto.

Mientras se desarrollaba esta escena de dolor y de ignominia en el interior de la sala de cabildos, por las calles del pueblo era paseado sobre un burro el jefe político señor Andonegui, siendo objeto de vejaciones sin cuento, en medio de una rechifla y una gritería espantosa de las chusmas, que no cesaban de escupirle la cara, de ozatarlo con reatas mojadas y con varas de membrillo y, finalmente, después de desnudarlo, quitándole la ropa y los zapatos, lo ataron sobre una cruz improvisada, la levantaron por lo alto, y después de escarnecerlo villanamente, lo acribillaron a balazos.

La cruz, mal clavada en la tierra, al estremecerse por



Lo ataron sobre una cruz improvisada.....

las convulsiones agónicas de aquel hombre, cayó pesadamente.

Andonegui espiraba en una cruz, como el Cristo del Calvario hacía 1911 años.

Y la cruel "Coronela", oprimiéndose con ambas manos el vientre, desternillándose de risa satánica, con estridentes carcajadas enjugaba las lágrimas del llanto inconsolable en que se debatía aquella hermosa e infeliz criatura de los ojos azules, ya huérfana a los ocho años de edad, y sin amparo.

¡Estas son las grandes hazañas y las heroicidades de algunos libertadores zapatistas!